



GUALBERTO MENDEZ

(1824-1883)

Dr. Pedro Visca

Durante los primeros cincuenta años de nuestra historia como nación independiente, muy pocos uruguayos figuran en la nómina del gremio médico.

Carente nuestro país de una Facultad de Medicina -que sólo advino al cabo de casi medio siglo de constituida la República- quienes deseaban seguir la profesión médica debían diplomarse en el extranjero, por lo general en Europa, lo cual, como es obvio, solamente resultaba posible para quienes dispusieran de los necesarios recursos de fortuna o bien obtuvieran ayuda oficial.

A modo de compensación, esta circunstancia tuvo como consecuencia señalable que todos ellos se distinguieran por una buena formación clínica.

Entre estas figuras iniciales de la medicina uruguaya ocupa un lugar eminente el Dr. Gualberto Méndez, a quien correspondería, en el correr de los años, el destacado mérito de ser uno de los fundadores de nuestra Facultad de Medicina, lo que significó una nueva etapa en la formación de médicos nacionales.

Como es habitual en quienes hacen de la medicina su actividad dominante y vocacional, su vida no presenta episodios deslumbrantes ni actuaciones extraordinarias. Vale por el ejemplo cotidiano de una labor generosa y útil, cumplida con cabal sentido de responsabilidad, en la que el saber técnico y la competencia profesional se asociaron siempre con la actitud afectuosa y comprensiva hacia el enfermo.

A sus conocimientos profesionales, que cuidó de mantener siempre al día, se agregaba una variada curiosidad intelectual, un afán de saber que abarcaba diversas disciplinas científicas, filosóficas y literarias. Su biblioteca, según decía, era su refugio y su consuelo.

Pertenecía a una familia de principal figuración en el Montevideo colonial.

Su padre, don Juan Méndez Caldeira, tenía una sólida posición económica en varios rubros comerciales y una distinguida actuación pública como cabilante en repetidos períodos, militar durante las invasiones inglesas, integrante del Congreso artiguista de Tres Cruces.

Nacido en Buenos Aires, desde muy joven se había radicado en Montevideo. En 1799 contrajo enlace con Celedonia Bedoya Torres, nativa de Asunción del



Dr. Gualberto Méndez

Paraguay; matrimonio prolífico que al cabo de veinticinco años alcanzó la cifra de quince vástagos.

En 1823, según el padrón montevideano de ese año, el matrimonio Méndez Caldeira-Bedoya Torres tenía su residencia en la calle San Pedro N° 43, entre San Juan y San Joaquín (es decir, 25 de Mayo entre Ituzaingó y Treinta y Tres, lado sur); residencia amplia, sin duda, en la cual, habida cuenta de los cónyuges, sus hijos y los esclavos, se totalizaba un núcleo habitacional de 29 personas.

En esa mansión nació el décimoquinto (y último) vástago de los Méndez Caldeira-Bedoya Torres, el 12 de julio de 1824.

Bautizado al día siguiente, el acta lo registra con los nombres *Juan Francisco*, pero la circunstancia de ser aquella fecha la festividad de San Juan Gualberto hizo que su familia lo designara habitualmente con esta última denominación.

Por su parte, Gualberto Méndez no empleó nunca el patronímico Juan, quizá porque ya lo usaba su hermano mayor Juan Antonio; firmó siempre exclusivamente Gualberto, es decir, con un nombre que no correspondía a ninguno de los que figuran en su acta de bautismo.

Pocas noticias se tienen sobre su infancia. Quedó huérfano de madre a los seis años de edad; y de padre, a los once. Consta, por otra parte, que hizo sus estudios en el Colegio de los Padres Escolapios fundado por don Pedro Giralt en 1836- aunque no se sabe durante qué años cursó en dicha institución.

De acuerdo a los programas de enseñanza de aquel colegio, debió de recibir allí una educación tanto práctica como humanística, en materias que abarcaban desde gramática y aritmética mercantil hasta poética, retórica, latín y humanidades.

A poco de iniciado el Sitio de Montevideo, la familia Méndez pasó a residir en el Cerrito.

Bordeaba entonces Gualberto Méndez los veinte años; conservaba la avidez, que nunca perdió, por adquirir conocimientos, así fuera como autodidacto; frecuentaba el trato con las personas más cultas de su relación. Entre éstas, quien tuvo sobre él mayor influencia en el aspecto vocacional fue quizá Dámaso Larrañaga; a éste debió verosímelmente su definitiva orientación hacia las ciencias naturales.

Al fallecer Larrañaga en febrero de 1848, Gualberto Méndez dedicó a su memoria una composición en verso que apareció poco después en el "Defensor de la Independencia Americana".

A comienzos de 1846, el Gobierno del Cerrito lo había nombrado Oficial 2° en el Ministerio de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñó hasta que tres años más tarde sobrevino el acontecimiento crucial en la vida de Gualberto Méndez: su viaje a Europa, pensionado para estudiar medicina.

Con fecha 22 de febrero de 1849 se dictó el decreto siguiente:

"Deseoso el Gobierno de favorecer la educación científica de algunos jóvenes cuyas aptitudes y aplicación hagan concebir fundadas esperanzas de que saldrán aprovechados en los ramos de las ciencias a que tengan particular inclinación y se dediquen; y concurriendo estas circunstancias en Don Juan Gualberto Méndez ha acordado y decreta: Art. 1°. Por el tesoro nacional se costearán los estudios en las ciencias médicas a que va a contraerse en Europa el ciudadano Don Juan Gualberto Méndez-2°. Comuníquese al Ministerio de Hacienda. Oribe. Bernardo P. Berro."

Curiosamente, cuando se dictó el decreto Gualberto Méndez ya había emprendido viaje, dieciséis días antes, en un barco de la empresa Duplessis. Llegó a Francia tres meses después, o sea, en mayo de 1849.

Nueve años duraron sus estudios.

La medicina había afirmado ya su orientación anátomo-clínica, mediante la confrontación cuidadosa del cuadro clínico y las alteraciones anatómicas correlativas. Esta orientación, aunque no es la única ni la definitiva, era indispensable entonces para un desarrollo sólido y realmente científico de la medicina.

A ello concurría el conocimiento cada vez más preciso de la anatomía normal y de la anatomía patológica, así como el progresivo perfeccionamiento de la técnica microscópica, imprescindible para la histología y más tarde para la patología celular.

Por otra parte, mediante la experimentación en fisiología, unida al desarrollo de las ciencias físicas y químicas, se comenzaba a concebir desde un punto de vista funcional los trastornos orgánicos.

Éxitos terapéuticos como la vacunación; descubrimientos espectaculares como la anestesia, que empezaba a ensayarse, abrían perspectivas promisorias sobre la eficacia de la medicina. Más tarde vendría la etapa bacteriológica y su secuela forzosa la antiseptia y la asepsia, que permitirán el auge de la cirugía.

No es posible ni corresponde hacer aquí el análisis de las etapas de la medicina, pero si nos atenemos a los años en que Gualberto Méndez hizo sus estudios en París, quizá podrían tomarse como simbólicas dos fechas, de las cuales Gualberto Méndez

fue testigo; en 1852, la designación de Trousseau como Profesor de Clínica Médica; en 1855, el nombramiento de Claudio Bernard para suceder a Magendie en la Cátedra de Medicina Experimental.

Durante los primeros años de su vida estudiantil en París, Gualberto Méndez tuvo como guía y orientador al Dr. Teodoro Vilardebó, con quien tenía indudable afinidad de carácter, en cuanto a la pasión por el estudio y la afición a las ciencias naturales. Asimismo hizo amistad -que duró toda su vida- con Francisco Antonino Vidal, también estudiante, aunque más adelantado, que habría de recibirse en 1853.

Otros compatriotas con quienes trabó relación en París fueron Melchor Pacheco y Obes, Alejandro Magariños Cervantes y Lorenzo Nieto.

Recuerdo dilecto fue siempre para Gualberto Méndez el haber conocido allí, en su vejez gloriosa, a José de San Martín.

Va de suyo que Gualberto Méndez, cuya tendencia a la polimatía ya hemos mencionado, no se limitó a estudiar medicina. Asistió también a cursos de variada índole: botánica y zoología en el "Jardin des Plantes"; astronomía en el Observatorio. Concurría frecuentemente a los espectáculos teatrales; fue amigo de literatos, y así presencié la declinación del romanticismo, que ya empezaba a dejar paso a nuevas corrientes estéticas; se relacionó con hombres de ciencia, merced a los cuales pudo compenetrarse del avance acelerado que en el pasado siglo comenzaban a adquirir las disciplinas fisicomatemáticas y las investigaciones químicas.

Como consta en una de sus tesis de doctorado, era miembro de la Sociedad de Geografía y de la Sociedad Geológica de Francia.

No se sabe, pues faltan datos, si tuvo también la misma asiduidad o no, para otros aspectos brillantes, pero peligrosamente frívolos, de aquellos años del 20. Imperio: las reuniones deslumbrantes del gran mundo; las no menos interesantes del "demi-monde"; o los pasatiempos bulliciosos del "boulevard" y los "café-concert".

Tal vez no, pues a partir de 1855 la pensión que recibía del gobierno quedó suprimida. Una solicitud suya en esa fecha para que la pensión fuera prorrogada por un año, aunque tuvo al principio acogida favorable, fue finalmente denegada por el Senado, en razón del estado calamitoso del erario público.

Por una de esas ironías del azar, el miembro informante por la Comisión de Peticiones, que propuso y logró que se rechazara la petición de Gualberto Méndez, fue el entonces senador Dr. Enrique Muñoz, quien pocos años después, como Secretario de la Jun-

ta de Higiene, le habría de firmar a Gualberto Méndez la reválida de su título.

Se recibió de médico y cirujano en 1857, con dos tesis: la primera, sostenida el 16 de mayo, sobre "Pólipos del útero"; la segunda, de fecha 27 de agosto, sobre "Flemón y abscesos de la palma de la mano".

Después de un breve viaje a Inglaterra se embarcó para Montevideo, adonde llegó a principios de 1858.

Revalidó su título el 19 de marzo de ese mismo año, luego del examen probatorio reglamentario, en el cual fue unánimemente aprobado.

Aparte Gualberto Méndez, en ese momento sólo había tres médicos uruguayos con preparación europea: Enrique Muñoz, diplomado en Edimburgo, con título revalidado en Montevideo el año 1846; Francisco Antonino Vidal, recibido en París, quien revalidó aquí su título en 1854; y Félix de Castro, titulado en Italia, con reválida en 1857.

Vilardebó, como es sabido, había muerto durante la epidemia de fiebre amarilla, el año anterior a la llegada de Gualberto Méndez. Muy penosa tiene que haber sido para éste la desaparición de quien fuera su consejero y amigo en los primeros años de su estada en París, y con quien seguramente habría deseado compartir el trabajo profesional en Montevideo.

Gualberto Méndez instaló su consultorio en la calle Ituzaingó No.165, casi esquina Sarandí, en el solar actualmente ocupado por el Gran Hotel Pyramides.

La prensa de la época da cuenta de su llegada y del éxito inmediato que tuvo. Su preparación profesional, así como sus prendas personales de caballerosidad, cordialidad y simpatía lo impulsieron rápidamente ante el público.

De su actuación profesional se recuerdan varios casos que contribuyeron a realzar su prestigio: la operación de cataratas con la que devolvió la vista a Tiburcio Gómez, uno de los Treinta y Tres Orientales, y que fue la primera realizada por un médico uruguayo; la traqueotomía con que salvó la vida a un hijo de don Norberto Acevedo, primera traqueotomía efectuada en el país; la curación de su hermano Eduardo, afectado desde meses atrás por una dolencia espinal que lo tenía paralizado.

En enero de 1859 fue designado por el gobierno de Pereira para cumplir una misión diplomática como mediador en un conflicto entre el Paraguay y los Estados Unidos de Norteamérica. Partió para Asunción el 21 de enero, pero poca intervención le cupo en las gestiones que se realizaban entre el gobierno para-

guayo y el enviado especial de los Estados Unidos, pues el entredicho quedó satisfactoriamente solucionado poco después.

Gualberto Méndez, con la correspondiente anuencia del gobierno, permaneció en el Paraguay durante seis meses. Su ascendencia paraguaya, por vía materna, sus conocimientos médicos y su selecta cultura le granjearon rápidamente la simpatía de numerosas personalidades asuncenas. El propio Presidente Carlos Antonio López le dispensó amistad y confianza, al punto de hacerse asistir por él.

De regreso en Montevideo, fue nombrado, en mayo de 1860, para integrar la Junta de Higiene Pública, simultáneamente con Francisco Antonino Vidal. Por esa misma época ocupó el cargo de Médico de la Sanidad del Puerto.

Dos años más tarde, el 1º de febrero de 1862, contrajo enlace con Josefina Pereira, hija del ex-Presidente Gabriel Antonio Pereira y de Dolores Vidal.

En octubre de ese mismo año fue nombrado miembro del Consejo Universitario, pero sea por razones circunstanciales o personales, no concurrió a ocupar el cargo. Idéntica conducta tuvo al ser designado para el Consejo de Instrucción Pública, que desde abril hasta noviembre de 1864 sustituyó transitoriamente al Consejo Universitario. Las actas comienzan a registrar su asistencia al cabo de varios años, en 1870.

Luego del triunfo de Flores, en 1865, Gualberto Méndez pasó con su familia a residir en Buenos Aires, donde permaneció dos años. No ejerció allí la medicina sino en circunstancias esporádicas, pero se vinculó a los círculos sociales bonaerenses, donde se le dispensó cordial estima.

Después de su regreso a Montevideo se consagró exclusivamente a su profesión, requerido por una clientela siempre numerosa, en la que abundaban gente de humilde condición económica, a quienes atendía gratuitamente con la misma dedicación que a los pudientes.

Desde 1872 a 1877 integra como Presidente el Consejo de Higiene Pública (designación nueva para la antigua Junta de Higiene), donde tuvo que enfrentar, entre otras cosas, una epidemia de fiebre amarilla y la inminencia de otra de cólera.

Los esfuerzos del Rector Plácido Ellauri para crear la Facultad de Medicina pudieron concretarse finalmente entre los meses de noviembre de 1875 y enero de 1876, lapso en que se logró reunir a la Comisión que debía dictar las bases y el trámite para crear las primeras cátedras con que había de fundar-

se la Facultad de Medicina. Gualberto Méndez figuró entre sus miembros y tuvo activa participación en sus deliberaciones. Puede afirmarse que la labor de aquella Comisión significó el comienzo de una nueva etapa en la constitución del cuerpo médico nacional.

Tarea de otra índole le cupo a Gualberto Méndez en el año siguiente, al ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores por el gobierno de Latorre, según decreto de fecha 24 de setiembre de 1877. Desempeñó este cargo hasta el 15 de marzo de 1880. Durante su gestión se concretaron importantes convenios internacionales, como ser: Tratados Postales con el Brasil y con Portugal; Tratados de Extradición de Criminales con la Confederación Argentina y con el Brasil; Relaciones diplomáticas con Inglaterra. Intervino, asimismo, en Consejo de Ministros al dictarse las leyes sobre Registro Cívico; sobre Elecciones; Reglamento para Escribanos; Registro Civil; promulgación de varios Códigos; etc.

El 23 de octubre de 1882 ingresó al Senado en sustitución del senador Cristóbal Salvañach. Muy breve fue su actuación -apenas tres meses y medio-interrumpida por la muerte que en forma súbita lo sorprendió en la mañana del 13 de febrero de 1883.

Residía entonces en la calle Cerrito No. 263 (en la cuadra que va de Treinta y Tres a Ituzaingó, lado sur). Dos meses antes de fallecer, su casa había servido de observatorio para estudiar el paso de Venus por el disco solar; observación de fundamental importancia para determinar la paralaje y por lo tanto la distancia del Sol a la Tierra. De tiempo atrás, Gualberto Méndez había instalado un telescopio en su casa para satisfacer su afición a la astronomía. Esto permitió al Capitán de Fragata A. de Penfentenyo registrar aquel acontecimiento astronómico y comunicar sus resultados a la Academia de Ciencias de París.

El fallecimiento de Gualberto Méndez provocó una acongojada demostración de duelo. Varios miles de personas formaron el cortejo fúnebre, testimonio del aprecio general, bien podría decirse unánime, que despertaba su descollante personalidad.

En el curso de esta semblanza hemos indicado ya sus rasgos característicos, pero no estará de más transcribir, aunque sea someramente, algunos juicios enunciados en el acto del sepelio.

El Dr. Carlos de Castro, después de manifestar el duelo que significaba la desaparición de Gualberto Méndez, expresó:

“Por esto el gobierno de la República viene a tributar en este solemne acto un público testimonio de

THÈSE

POUR

LE DOCTORAT EN MÉDECINE,

Présentée et soutenue le 16 mai 1857,

Par **GUALBERTO MENDEZ,**

né à Montevideo (République de l'Uruguay),

DOCTEUR EN MÉDECINE.

DES

POLYPES DE L'UTÉRUS.

PARIS.

RIGNOUX, IMPRIMEUR DE LA FACULTÉ DE MÉDECINE,
rue Monsieur-le-Prince, 31.

1857

1857. — Mendez.

Portada de la tesis presentada en la Facultad de Medicina de Paris

aprecio y consideración a la memoria y a las virtudes cívicas del ciudadano ilustre que hemos perdido, al miembro dignísimo de uno de los altos cuerpos colegisladores del Estado, ex-Ministro, Senador y Presidente de la Junta de Crédito Público.

“El progreso material de la República recibió siempre el concurso del doctor Méndez, cuyo nombre va asociado a las principales empresas industriales del país.

“Testigo de todas las vicisitudes, prósperas y adversas, de nuestra patria, afiliado a uno de los partidos tradicionales, el doctor Méndez desaparece, sin embargo, entre nosotros sin enemigos y sin odios.”

El Dr. García Leguizamón, que elogió especialmente la habilidad quirúrgica de Gualberto Méndez, agregó, entre otros conceptos:

“En las consultas era esencialmente práctico, profundo, sin petulancia. Nunca gustó disertar. Opinaba con la naturalidad del que está avezado a leer el cuerpo humano en sus procesos íntimos. Rápido, preciso, agudo en los juicios, jamás trepidaba; y resuelto en las indicaciones. Era la conciencia clínica que se imponía.

...“Toda esta sociedad lo tiene presente. Está muy cerca del corazón de todos. De apostura distinguida, de suavidad de carácter, ameno y persuasivo en la conversación, atrayente y solícito para con el enfermo, oportuno en el chiste, espiritual en la forma de su estilo, expresión de rostro tranquila y serena, como si no lo hubieran agitado las tempestades de la vida...

...“Inteligencia ejercitada en todos los dominios de la ciencia humana, no había problema intelectual que él no conociera y en el cual disertara con un atractivo, profundidad y erudición tales que era imposible negar todo su poder de criterio y su brillantez de imaginación...

...“Si no ha producido algo, en medio de la potencia intelectual asimiladora que lo caracterizaba, quizá fuera porque el escepticismo minaba fuertemente su espíritu y había hecho sangre en su corazón.

“Espiritualista por naturaleza y por estudio, proclamaba el día antes de su muerte a un distinguido médico oriental, uno de sus más amigos, que toda su ilusión y anhelo lo reconcentraba en aquella su gran biblioteca.”

El Dr. Caraffi, que representó a la Facultad de Medicina, señalaba esta faceta de su carácter:

“Era muy común en él, cuando ocupaba una situación oficial, médica o política, verle emplear su influencia en proteger a los jóvenes médicos nacionales, que venían de regreso a su patria, y que encontraban en el doctor Méndez un buen consejero que los alentaba y un apoyo útil que los sostenía.”

Tal fue Gualberto Méndez, cuya vida hemos procurado reseñar en este esbozo biográfico.

Así lo testimoniaron sus contemporáneos, y así también debe perdurar en el homenaje íntimo de nuestro recuerdo.